

¡Cien millones! Confesemos que hay aquí cierto manejo, y que, en este punto las cosas, el pirata de Bolsa acaba por parecerse al *conquistador*. ¡Qué contraste en ese aplomo, en esa marcialidad de rentista triunfante y la actitud de un Mun cuya familia está en Francia mil años há y no se atrevería á contar y poner uno á uno en rollo, citándolos por su nombre, los grandes ladrones judíos de París!

Acerca de esto debe consultarse siempre al pintor tan intuitivo y tan profundo del alma humana, á Carlyle, á quien leía yo en los bosques, este verano, con tanto fruto para perfeccionar mi método y tanto provecho para el engrandecimiento de mi inteligencia. El os dirá que lo que constituye el *mayor-valor* del hombre, es la disminucion en el mismo del Temor.

acaba de dar 100 millones á los diferentes establecimientos de caridad israelitas de Europa.

«Se distribuirá esta cantidad entre las obras israelitas á prorata de sus necesidades y del número de indigentes que sostienen.»

Al enviarme este recorte del *Figaro* un empleado de comercio que me escribía en nombre de un grupo de sus compañeros una carta llena de sentimientos elevados, hacíame notar que detrás de estas líneas, como contraste á ese donativo de tan despreciativo desden para el *Goyim*, se leía el grito de dolor de nuestros desdichados obreros franceses: la *Cancion de Juan Miseria*:

¡Décharné, de haillons vêtu,
Jean Misère s'est abattu
Au coin d'une impasse!
Dans sa douleur il s'écriait;
¡Ah! mais,
Ça ne finira done jamais!

Si creéis que este pensamiento evitará que la aristocracia acuda á casa Hirsch cuando se digne volver á abrir las puertas del palacio de la calle del Eliseo, os equivocáis miserablemente. Fuera de esto, tiene Hirsch la especialidad de las insolencias despóticas contra los franceses. A uno de los jefes del partido legitimista hacíale contestar con motivo de un proyecto de matrimonio para su hijo Luciano muerto despues: «Soy bastante rico para mantener á la hija, pero no quiero mantener al padre.»

Todavía *vale* hoy el *valor* (*Valour is still v-lue*). El primer deber para un hombre, es tambien el de subyugar el *Temor*. Necesitamos llegar á ser francos de *Temor*; hasta entonces no podemos obrar de ningun modo. Los actos de un hombre son serviles, no verdaderos, pero especiosos; hasta sus ideas son falsas, piensa tambien como un esclavo y un cobarde hasta que consigue poner el *Temor* debajo de sus piés. Para un hombre es una necesidad el ser, un deber y una necesidad, el ser valiente; una necesidad el ir delante y cumplir como hombre, confiándose imperturbablemente á la designacion y eleccion de los Poderes del cielo; y, en resúmen, no temer absolutamente. Ahora y siempre, el grado más ó ménos completo de su victoria sobre el *Temor* determinará la medida en que es hombre.

Desde la Revolucion, los representantes de las clases elevadas, hasta los hombres de abnegacion y de virtud, viven en perpetuo *Temor*; no digo en Miedo, nótese bien; de Mun no es hombre que tenga miedo; digo en *Temor*.

Miedo y *Temor* no son lo mismo. El Miedo es una impresion instintiva del todo, un movimiento fisico del todo; el *Temor* es un estado de ánimo, una disminucion del poder activo del ser, casi una enfermedad mental. El Miedo puede vencerse: créese oír pasos en la oscuridad, de noche, en su jardin, se va allá, y se ve que es una hoja que cae; pero dificilmente se cura el *Temor*.

Preguntad á Católicos, muy animosos personalmente, qué es lo que temen, y os contestarán, modificando algo el verso de Rasine.

Je crains tout, cher Abner, et n'ai pas d'autre crainte.

En resúmen, el socialismo católico, en Francia á lo menos, se reduce á una benevolencia innegable á favor del obrero, á un deseo muy real de aliviar sus padecimientos por la Caridad, pero con la condicion de no cambiar nada en el orden social actual. Los Católicos parece que obedecen á

imperiosa necesidad de dar la guardia alrededor de una sociedad que es la negación de todos sus principios; ejercen con convicción, en provecho de la Fracmasonería, que les escarnece, una especie de policía superior destinada á mantener tranquilos á los proletarios hablándoles del cielo. En este punto de vista se ha podido decir que el fundador de los Círculos obreros no había cambiado de estado, que había permutado solamente dejando los coraceros para entrar en la Guardia civil.....

Todos los jefes son por el estilo (1). Debe leerse el discurso acerca de las *Relaciones de la propiedad y del trabajo*, pronunciado el 10 de mayo de 1887 en la primera sesión de la décima sexta reunión de los Católicos por M. Chesnelong, que es ciertamente uno de los mejores hombres que ha visto el mundo. Este discurso que no tiene menos de diez y seis columnas del *Monde* (2), es una obra extraordinaria y un verdadero esfuerzo poder hablar tanto tiempo sin llegar á una realidad.

Es evidente que el orador no se forma idea de la situación económica actual; no se ha tomado la molestia de leer Karl Marx, Lassalle ó siquiera la *Quinta esencia del socialismo* de Scheffle; habla del Capital como Mably hablaba de los reyes francos vestidos de pieles de bestias y de sus salvajes amores. «Si yo conociera, hace decir el historiador á una reina bárbara dirigiéndose á Childerico, un héroe más

(1) Debe exceptuarse el R. P. de Pascal quien, en un folleto: *la Juiverie*, cuya sensación ha sido tan viva, ha abordado resueltamente el problema social y demostrado la imposibilidad para una sociedad de existir con parásitos que, sin producir, gasten continuamente el dinero producido por el trabajo ajeno. Véase también el volumen intitulado: *Al pueblo* por el sacerdote Harispe, y un opúsculo: *del Obrero y del respeto* por el abate Fesch.

(2) *Monde*, 13 mayo 1887.

ilustre ó un hombre más bizarro que vos, iría á buscarle hasta los confines del mundo.»

Si M. Chesnelong no ha leído Karl Marx, parece, que no ha leído mucho más el Evangelio y los Padres de la Iglesia. En efecto, sin esfuerzo y sin sacar de lo dicho por san Crisóstomo y san Basilio conclusiones comunistas, es innegable que los doctores más cercanos por la época de las tradiciones al Salvador, no tuvieron prevenciones favorables para los ricos, hasta fuera del uso que hacen de sus riquezas.

Cuando Nuestro Señor dice: «Más fácil es que pase una soga por el agujero de una aguja que entrar un rico en el reino de los cielos,» no habla de un mal rico, sino de un rico que practica los mandamientos y distribuye abundantes limosnas.

Santiago se dirige á todos los ricos cuando escribe:

¿No escogió Dios á los que eran pobres en este mundo para ser ricos en la fe y herederos del reino que prometió á los que le aman?

Vosotros, al contrario, habeis afrentado al pobre. ¿No son los ricos los que os tiranizan, y no son esos mismos los que os arrastran á los tribunales?

¿No es blasfemado por ellos el buen nombre de Cristo, que fué sobre vosotros invocado?

Ea, pues, ó ricos, llorad, levantad el grito, en vista de las desdichas que han de sobrevenirnos.

Podridos están vuestros bienes; y vuestras ropas han sido roídas de la polilla.

El oro y la plata vuestra se han enmohecido; y el orin de estos metales dará testimonio contra vosotros, y devorará vuestras carnes como un fuego. Os habeis atesorado ira para los últimos días.

Sabed que el jornal que no pagasteis á los trabajadores que segaron vuestras mieses, está clamando contra vosotros; y el clamor de ellos ha penetrado los oídos del Señor de los ejércitos (1).

(1) Epístola de Santiago, cap. II, v. 5, 6, 7; cap. V, 1 y 2

Muehos siglos despues, Bourdaloue, que no es ciertamente un predicador de guerra social, se detiene, ansioso, ante la constitucion de ciertas propiedades y dice: «En el origen de las grandes fortunas hay cosas que hacen temblar.»

Con Chesnelong cambia la antifona: los títulos de rentas le parecen títulos para el comienzo de canonizacion y encontramos otra vez las *privaciones meritorias* del filantrópico Schulze (de Delizch) (1).

Segun el orador del congreso católico, la propiedad individual es «el mismo Derecho en acto.»

Vaya con Dios; pero ¿qué entiende V. señor Chesnelong, por la propiedad individual? V. me dice:

En el sistema de la propiedad individual, el trabajo anda

(1) Todos conocen el famoso folleto de Lassalle: *Capital y trabajo*, ó *M. Bashi-Schulze (de Delizch)*.

Este Schulze (de Delizch) personificaba un tipo bastante comun entre los Protestantes y que se encuentra frecuentemente en el este de Francia, el fabricante liberal, el negrero sentimental, el verdugo bienecor. Explota á los trabajadores más duramente que los demás, pero se emboza con la capa azul del filántropo; hace edificar ciudades obreras en terrenos invendibles y presenta esto como acto de munificencia. Escribe en revistas de economía política, compra algunas acciones de un periódico grave como el *Temps* y se hace elogiar en él. Cuando no puede llegar á comprenderse á sí mismo, se agrega, como Menier, un joven escritor necesitado y le encarga que escriba por él.

Sea como quiera, ese Schulze (de Delizch) no estuvo felizmente inspirado agregándose á Lassalle. Comprendeis que cuando el judío tiene el refuerzo de un extravagante y artista como en Lassalle y quiere decir la verdad acerca de todas las imposturas de los economistas modernos, no es bueno discutir con él. Nótao el desdichado Schulze (de Delizch). El judío de ánimo terrible coje por el cogote al protestante *integrista*, le revolcó en sus sofismas, en sus gazmoñerías, le abrumó á equivococ, le embadurnó de epigramas, le desmenuzó con chistosa ferocidad, que excitó en toda Alemania universal y estrepitosa carcajada. Jamás hubo ejecución más completa.

Comme l'eau qu'il secoue aveugle un chien mouillé,

La lluvia de sarcasmos que le caía encima á derecha é izquierda anonadó literalmente al pobre Schulze que, aterrado, no se atrevió á chistar.

hácia la conquista de la propiedad, y cuando, á fuerza de fatigas, á fuerza de cuidados, á veces á fuerza de *privaciones muy meritorias* (1), ha hecho esta conquista, el hombre la guarda se fija en ella, en cierto modo; la guarda para asegurar la seguridad y la independencia de su vida y las de su familia. La propiedad individual es pues, en realidad de verdad, una consolidacion de trabajo anulado, y descansa en el principio de estricta justicia que si uno es dueño de su trabajo, se es tambien dueño de los frutos de este trabajo. Y á la manera que el hombre se sobrevive en su posterioridad, debe sobrevivirse tambien, en provecho de sus descendientes, en la propiedad que ha conquistado por su trabajo. Es la herencia, y no es menos sagrada que la misma propiedad personal; porque descansa en el principio de que los hijos son la continuacion del padre y que no pueden ser desheredados de los sudores que el padre, más cuidadoso de ellos que de sí mismo, derramó á menudo en su servicio. (*Muy bien, y aplausos*).

(1) ¡Ya pareció! Hé aquí «las privaciones meritorias» que Chesnelong amontona del equipage de Schulze, cuando debiera haberse inspirado en la doctrina católica para hablar del modo más magnífico de los principios verdaderos en que se funda el derecho de propiedad.

La contundente réplica de Lassalle al Protestante Schulze puede aplicarse al Católico Chesnelong.

«El provecho del Capital es el *salario de las privaciones*! ¡Frase feliz, sin precio! Los millonarios europeos son ascetas, penitentes indios, stilitas que, con un pié en una columna, descolorido el rostro, inclinados hácia delante los brazos y el cuerpo, tienden su platillo al pueblo para recoger el salario de sus privaciones! La casa Rothschild se levanta del centro del grupo santo muy alto, por encima de sus co-penitentes, como primer asceta y mártir. ¡Hé aquí el estado de la Sociedad! ¿Cómo he podido desconocerlo hasta este punto?

¡Cuán pródigos y libertinos serán esos trabajadores, á no ser que secretamente tengan queridas, palacios y casas de campo donde celebren sus orgias, ya que no cobran ningun *salario de privaciones*.

Pero, chanza aparte, porque no es posible chancear aquí y la chanza más amarga estalla involuntariamente en abierta rebelion; ya es hora y mucho de interrumpir la voz de esos castrados por el canto de un robusto bajo. ¿Es posible—mientras suceda con el provecho del Capital como lo hemos ya suficientemente demostrado y lo demostraremos todavia más completamente, mientras que el Capital es la esponja que chupa todo el escendente del trabajo y todo el sudor del trabajador, no dejándole sino lo indispensable para su existencia—es posible que se tenga el valor de calificar en presencia de los trabajadores el provecho del Capital de *salario de privaciones* de capitalistas que se maceran? ¿Se tiene el valor de

No deseo desheredar á ningun hijo «de los sudores de su padre,» pero finalmente, cuando el empréstito para la liberacion del territorio, los Rothschild ganaron, en una semana, 450 millones. Dificilmente me haréis creer que pudieron sudar en 8 dias para 450 millones. Entonces seria esto un caso patológico.....

En plena Cámara ha contado M. Sourignes la historia de cierto empréstito de Honduras, del que seguramente ha oido hablar M. Chesnelong. Habíase hallado medio de tomar á préstamo para un país de 500,000 habitantes, país árido, sin industria y sin cultivo, donde jamás ha podido arraigar un árbol, 187 millones de los que los Bichoffsheim, los Scheger y los Dreyfus se han metido en el bolsillo 140 millones.

Trabajo os costará hacerme aceptar, mi querido señor Chesnelong, que «á fuerza de privaciones meritorias» ni siquiera á fuerza de sudores, hayan podido llegar esos buenos de judíos á *fixar* segun vuestra frase, esta conquista de 140 millones.

¿Admitís que esos 140 millones, asi robados, constituyen lo que llamais: «una consolidacion del trabajo acumulado?»

No obstante, ¿se han producido estos 140 millones por personas que realmente han sudado? ¿Con qué derecho expropian los judíos á esas personas de su sudor? ¿Por qué, en vuestro discurso, os enfureceis contra los socialistas que quieren modificar las condiciones de la propiedad individual, pero que tienen á lo menos la excusa de trabajar,

echar públicamente al rostro de los trabajadores, de los infortunados proletarios, esta burla, este sarcasmo incalificable? ¿Ya no existe pues enteramente la conciencia y ha huido la vergüenza á refugiarse en las bestias?

segun creen, en interes de todos; y por qué no decís una palabra de los que arrancan cada dia esta propiedad individual á los demás, únicamente por satisfacer su propia codicia y su necesidad de lujo?

He dicho que nuestros padres, para no verse así despojados, acostumbraban limpiar de vez en cuando al judío y hasta quemarle, para quitar á Israel todo deseo de comenzar otra vez. ¿No lo recordais?

Al solo nombre de judío veríais perturbarse á M. Chesnelong, quien ha hallado medio para no pronunciar una sola vez en una conferencia acerca de la Propiedad y del Capitalismo, cosa más difícil que un juguete de muñecos. Y no es que ande más metido entre los judíos que de Mun, pero está convencido tambien, de que se le caeria encima el techo del salon si abordara esta materia que ha servido de tema vital entre los cristianos por espacio de muchos siglos. Semejante á un hombre que quisiera meter Nuestra Señora de París dentro de un pañuelo, se imagina cándidamente que se pueden rasgar páginas enteras de la historia de la Humanidad, hacer olvidar los Concilios, los Autos de fe, los Dominicos, la Inquisicion.....

¿Para qué sirve esto? ¿A quién espera engañar con todas estas retencias, esas pretericiones, esas habilidades tan mal urdidas?

Compréndese que se procure dejar entre medias tintas alguna aventura, más ó menos probada, sucedida á algun sacerdote de antiguos tiempos, pero jamás tuvo la Inquisicion nada clandestino. Que yo sepa, no se celebraban los Autos de fe en subterráneos; celebrábanse á la luz del dia, debajo de los rayos del sol, entre el canto de los himnos, al rumor de las campanas echadas á vuelo. Fuera menguado

recurso disculpar esos hechos anotándolos en la cuenta de los tiempos bárbaros: los Autos de fe se celebraban cuando España tenía sus más valientes caudillos, sus más atrevidos navegantes, sus más sabios teólogos, sus más ilustres poetas, sus más famosos artistas, cuando sus grandes hombres se llamaban Pescaire, el duque de Alba, don Juan de Austria, Farnesio, Hernan Cortés, Pizarro, Cervantes, Calderon, Lope de Vega, Alonso Cano, Velazquez, Murillo.

Es un hecho social que debemos tomarlo tal cual es. Los españoles dijeron á los judíos y á los judaizantes: «No queremos sistema judío: no queremos ser reducidos á la esclavitud; no queremos trabajar para procuraros riquezas.»

Además, la mejor prueba de que era este el comun sentir general, es que aun ahora, á pesar de todos los Bäuer, ningun español, sea quien fuere, trabaja la décima parte de un obrero parisien, lo que explica que nuestros vecinos estén todos en robusta salud. Jamás, sino en Cartagena, se ha podido reunir una muchedumbre industrial regular, y su primer cuidado fué pegar fuego á la ciudad....

Los Dominicos, que se pusieron al frente de la Inquisición, fueron pues al propio tiempo que excelentes religiosos, verdaderos patriotas, los dignos precursores de los frailes heróicos que debían defender á Zaragoza contra los soldados de Napoleon.

Cierto que los Inquisidores no fallaron por sí mismos ninguna sentencia de muerte, pero no convendría llevar este argumento hasta la gazmoñería como los camanduleros de la escuela liberal; cuando los jefes del Santo Oficio entregaban un judaizante al brazo secular, presentían algo lo que le iba á suceder....

Conviene decir que jamás hubo procedimiento de más admirable equidad, de más minuciosa circunspección; jamás tribunal alguno tomó tantas precauciones contra un

error posible, ni jamás se extremó tanto el respeto de los derechos de la defensa (1).

Acerca de esto discutiremos, ámpliamente, con los infames apologistas del Tribunal revolucionario, con los que en los Manuales que imponen á nuestros hijos no tienen una palabra de censura contra el asesinato de tantos franceses. No tomaremos relaciones disputables sino los mismos extractos de las sesiones de tribunales revolucionarios, los seis tomos de Wallou, por ejemplo, que solo se ocupó de París; bastará hojearlos para que salgan de ellos, áridos y frios en apariencia, episodios que hacen estremecer la conciencia humana, degüellos de doncellas, de ancianas matadas por un nada, por haber guardado en su casa una imagen de la Virgen, por haber tenido un ataque nervioso en un banco de las Tullerías, cerca del puente Tournaut, pensando en las ejecuciones que se llevaban á cabo á pocos pasos de allí.

Bajo este punto de vista, recomiendo una escena muy hermosa más bien esbozada que referida extensamente en el *Univers* (2).

Uno de los mejores escritores modernos de España, doña Emilia Pardo, condesa de Bazan, autora de una hermosa *Vida de san Francisco de Asís*, quiso ver, algunos años há,

(1) Citaré un caso entre mil. Prohibía absolutamente la Inquisición tener en cuenta ningun propósito formado en la embriaguez ó siquiera en un arranque de ira que hace al hombre irresponsable. El Tribunal revolucionario, al revés, miraba la embriaguez como circunstancia agravante y condenaba sin compasión á los desdichados borrachos culpables solamente de haber proferido algunas palabras impropias, considerando «que la embriaguez no causa desarreglo en el fondo moral del hombre, sino que absorbe solamente la reflexion y la presencia de espíritu necesaria para disimular.» ¿Es bastante jacobino este considerando? Para los jueces de aquella época, ser borracho—muerto era una verdad; el que se achispaba, corria peligro de muerte.

(2) *Univers*, 23 de octubre de 1887.

á Víctor Hugo, y el poeta la había recibido con la sencilla y magnífica amabilidad que le era habitual; había hablado á su visitante de España, que él había recorrido cuando niño en compañía de su padre; pero, por complacer á algunos estropeados radicales presentes, censuró discretamente la Inquisición.

La señora de Bazan rectificó los errores del poeta acerca del particular y le mostró los servicios prestados al país por la patriótica institución cuyo desarrollo había coincidido con la grandeza de España.

De repente, la señora de Lockroy que es, creo, de origen judío, dirigióse á la extranjera, y, con mal gusto perfecto además chilló:

—Señora, ¿acaso aprendió V. la historia en los Dominicos?

Levantóse la española y mirando de hito en hito á la mal educada, le dijo:

—No he tenido la honra de aprender la historia en los Dominicos, porque, entonces, la sabría aún mejor de lo que la sé. No obstante, la sé lo suficiente para no ignorar que hubo entre vosotros, hace menos de un siglo, un Tribunal revolucionario que excedió todos los horrores falsamente atribuidos á la Inquisición que jamás cometió más que actos de justicia. La Inquisición no tiene que echarse en cara crímenes comparables al asesinato de Andrés Chenier (1).....

(1) Cuando la condesa de Bazan encuentre en España judíos de estos disfrazados de apóstoles de la Civilización y del Progreso, que rondan por su país para arruinarlo, traicionarlo y entregarlo al extranjero, no tiene sino que remitirlos á la obra de Wallon, nada sospechoso, porque es el padre de la Constitución actual. Pregunte pues á estos partidarios de la gran Revolución que piensan de la ejecución de primario año II en la que se guillotiné al mismo tiempo que á 24 artesanos y labradores, 2 muchachos de 14 años y otros dos de trece años. Uno de ellos, atado ya en la

La señora de Lockroy se sonrojó algo ante esta lección merecida y el rostro pálido y ordinario de Simon llamado Lockroy se contrajo en una mueca atroz. El poeta, que despreciaba á Lockroy más aún de lo que él le detestaba, estuvo embelesado toda la velada á favor de la valiente española.

El autor de *Ruy-Blas* no vivió bastante para conocer á Allmayer, pero había oído hablar de Erlanger y en su foro interno, juzgaba sin duda que los españoles no eran tontos cuando en lugar de matar á un poeta como Lope de Vega así como la Revolución mató á Andrés Chenier vestían el sambenito azufrado á los grandes ladrones judíos de su tiempo.

Quizás se me pregunte, al terminar este capítulo, cuál

tabla, pero que no tenía debajo de la cuchilla mas que la cima de la cabeza, dijo al verdugo: «¿Me harás mucho daño?» Carrier fué en coche á ver aquella escena, pero el verdugo murió de espanto el día siguiente. (Véase Taine. *Orígenes de la Francia contemporánea*, tom. III, pág. 288).

Tengo, además, á disposición de la señora de Bazan montones de hechos de este género. Para inspirar todavía mas el odio al Jacobino, habíamos pensado, M. Carlos d' Hericault y yo escribir un libro dedicado únicamente á las humildes víctimas, á los pequeños, no á los que murieron por haberse más ó menos mezclado en el hecho, sino á los que fueron degollados sin ningún motivo, á ancianas jóvenes no nobles, caritativas, que jamás comprendieron por qué se las mataba.

La señora de Bazan debe explicarse que estando por completo la prensa republicana francesa en manos de los judíos no tenga sino maldiciones contra la Inquisición y adulaciones para los verdugos de 93. Hay un tal Aulard, que, por no tener profesión, se ha imaginado lamer en la *Justice* la sangre que dejaba manchas de óxido en las antiguas guillotinas; se le ha dado una cátedra en la Sorbona para que pueda emprender en pleno París el elogio del régimen que produjo José Lebon, Fouquier-Tinville y Carrier.

Estas escenas de canibalismo son las que van á celebrar en todos los tonos los republicanos de la clase media, que disfrutan de sus deshechos: durante el año 1889. Despues de lo cual se les guillotinará á ellos mismos, y estará bruscamente bien hecho.....

es la solución que yo propongo para acabar con una situación preñada de amenazas.

Solo descubro una solución, y la he propuesto siempre sin rodeos.

Como francés, profeso verdadero culto para los que habían creado esta Francia de antaño que era la primera nación de Europa, para reyes como san Luis, para ministros como Colbert.

¿Qué hizo Colbert, á ejemplo de otros tantos primero que él? Detuvo á los que se habían enriquecido á expensas del Estado y les forzó á devolverlo.

¿Qué había hecho san Luis para organizar los trabajadores? Había llamado á Estéban Boileau, le había instalado en palacio y había mandado comparecer en su presencia los viejos de cada profesión. Después de discutir, escribió en pergamino lo que parecía justo á todos y así se redactó el código del trabajo que ha durado siglos.

Imitemos á san Luis y á Colbert. Encarcelemos á 300 individuos judíos, católicos ó protestantes de nacimiento, pero que se han enriquecido todos por el sistema judío, es decir por operaciones rentísticas. Obligúmosles á restituirnos los miles de millones robados á la colectividad contra toda justicia, convoquemos después una Cámara económica, una Cámara exclusivamente compuesta de representantes del trabajo y que adopte el régimen que le parezca más conveniente á los intereses de todos.

Cuando los obreros tengan á su disposición un capital suficiente para que el producto de su trabajo les llegue directamente, no tendrán ya de qué quejarse, y estoy convencido de que se organizarán de una manera muy práctica y muy sensata. No habiendo ocurrido ninguna revolución violenta, será muy breve el período de transición y se acabará siempre por tener cuatro duros en el bolsillo.....

En una palabra, lo que pido es «una revisión de la Revolución,» según la frase de Santiago de Biez. La liquidación que tuvo efecto en 1789 se hizo á expensas de las personas honradas y en provecho de los pícaros, de los parásitos y de los explotadores extranjeros; hagamos la liquidación de 1889 á expensas de los pícaros y en provecho de las personas honradas, de los franceses y de los trabajadores.....

Es una broma pesada suponer que, hablando así, ataco la Propiedad. Respeto la Propiedad y disto de querer llevar hasta la exageración la doctrina de los Padres de la Iglesia. No tiene la Propiedad el carácter sacrosanto que le atribuye la escuela de la clase media, pero está firme... ¿para los que poseen? dirá alguien.—Sí, sin duda; y hasta para los que no poseen. La mayoría de los obreros inteligentes son de mi parecer. A pesar de la espantosa desmoralización que han sembrado en todas las conciencias los desvergonzados baturrillos de estos últimos años, á pesar de los odios que fermentan en todas partes, los proletarios, generalmente hablando, no son ni niveladores, ni siquiera envidiosos, aceptan muy bien que haya millonarios. Los millonarios son como flores en un paisaje, se necesitan algunos; permiten á las industrias de lujo que se desarrollen y tienen su razón de ser.

La cuestión cambia cuando uno se encuentra en presencia de personas que, como los Camondo, los Cahen de Amberes, los Lebaudy, los Bamberger, los Ephrussi, los Heine, los Mallet, los Bichoffsheim, tienen 200, 300, 600 millones á veces, que no han adquirido estos millones sino por la especulación, que no se sirven de estos millones sino para adquirir otros, agiotan continuamente, perturban continuamente el país por jugadas de Bolsa.

Esto no es ya una *propiedad*, es un *poder* y debe supri-

mirse cuando molesta. El conde de Armagnac era innegablemente propietario por derecho de herencia del condado de Armagnac y Luis XI no vaciló un momento en confiscarle su condado (1). Tampoco admitiría Luis XI que Rothchild tuviera demasiados miles de millones, como no admitía que un señor feudal tuviera demasiados hombres de armas en su casa. En esto discurriría con perfecta justicia, porque el poder de un rentista que tiene tres miles de millones es temible de otro modo que lo fuera el poder de un señor que tuviese 5 ó 600 hombres de armas en su palacio.

Ignoro si sois como yo, pero noto en esta situacion, al

(1) Ya dije que los realistas influyentes son absolutamente ajenos á las tradiciones de la antigua monarquía; ni siquiera tienen la menor idea de ellas y jamás comprendieron la admirable figura de Luis XI, quien, en nuestra época, anegaría en sangre el feudalismo judío. La escuela positivista que, en el punto de vista del movimiento social tiene ciertas ideas elevadas, cuenta entre los grandes hombres á quienes rinde un culto al que Augusto Comte llama siempre nuestro eminente Luis XI. Hace algunos años dió M. Laffitte, acerca de Luis XI en el punto de vista humanitario, una conferencia que fué muy notable.

Recuerdo una excelente conversacion que tuve con un Padre Capuchino acerca de Luis XI y siento no haber notado lo que me dijo de aquella muerte muy sorprendente. Cuando la enfermedad le tiene debilitado, cuando ya no tiene para sostenerle la segunda conciencia de los reyes: la razon de Estado; el anciano se revuelve en medio de fantasmas, en horrible agonía. Entonces un buen ermitaño, un santo, tiene repentina iluminacion, pónese espontáneamente en camino para ir á encontrar al rey que tan á menudo le hizo llamar inútilmente. Ese desprendido del mundo trae la calma de las soledades al político que vivió constantemente en medio de las agitaciones y de las conjuraciones de los hombres. Ese inofensivo, ese discípulo del dulce Francisco, tan bueno para todos que permitía á los pájaros hacer su nido en su capucha, dice á ese hombre que tantas horecas y cadalsos habia levantado: «No pecasteis castigando á los que despojaban al pobre pueblo; quede tranquila vuestra alma.» Y Luis XI muere plácidamente en brazos de San Francisco de Paula.

Digamos otra vez que la mayoría de los actuales realistas no comprenden todo cuanto hubo de viril justicia, de amor del pobre en las represiones terribles de nuestros reyes, ya contra los grandes señores, ya contra los rentistas.

propio tiempo que una usurpacion odiosa, un lado burlesco y de encerrada, y por cierto es preciso que los franceses actuales sean tan embrutecidos como lo son para que no se asombren.

¿Os figurais en una nueva almadía de la Medusa un caballero que se ha llevado una pequeña sucursal de Potel y Chabot: succulentos jamones, exquisitos pasteles, sabrosas abondiguillas, pavos trufados, delicadas frutas primerizas? «Es mi propiedad» murmura, y nuestros amigos de los Círculos católicos que están en la almadía con los hambrientos, os dicen: «¡Es su propiedad! «Si os parece, mis queridos hermanos, vamos á ponernos en oracion á fin de obtener que la digestion de ese caballero sea feliz...»

Verdaderamente, el derecho de propiedad tiene límites como todo lo humano. Por mucha extension que se consienta darle, acaba á lo menos cuando un hombre ha podido procurarse personalmente todas las satisfacciones materiales que pueda desear en este mundo.

Creo que bajo este concepto, se mostrarán todos muy lutosos sí, como lo espero, se hace la liquidacion social, no por algunos grupos exasperados y odiosos, sino por todos los franceses vueltos al sentido comun que distinguía á sus padres (1).

(1) En mi concepto se exagera mucho la facilidad que tendrían los millonarios para desnaturalizar su fortuna. Si la operacion se hiciera apresuradamente, tendría buen resultado y los representantes de la Alta Banca encontrarían en pocas horas, para salvar su vida, los cinco mil millones que encontraron tan de prisa en 1871 para realizar una operacion fructuosa.

Los Positivistas se han ocupado en esta cuestion y han reclamado una medida que evitaria que las grandes fortunas se pusieran á salvo; bastaría para esto que la ley admitiera solamente las acciones *nominativas* y no las acciones *al portador*. ¿Cómo es que no se halle un diputado, uno solo, para proponer una medida de este género? Sería excelente ocasion para contar por el número de los que se opusieran á esa ley los representantes pagados claramente por Israel.

Diráse á los reyes de la Hacienda: «¿Qué queréis? Muchachas, caballos, cazas, cocineros? ¿Qué necesitáis para esto? ¿20 millones? ¿Teneis bastantes? ¿Quereis 30? ¿Quereis 35?»

Fuera de esto estoy persuadido que habrá las más gratas sorpresas. Por ejemplo, la señorita Elena de Rothschild que, al casarse, ha retirado 372 millones del Banco de los Rothschild. Se le han ofrecido en Zaragoza, pero, como, según la ley, los capitales de menores no pueden colocarse sino en rentas sobre el Estado ó en inmuebles, ha declinado Zaragoza,—lo que prueba que es persona de talento.

372 millones para una familia joven es mucho dinero, cuando hay tantas personas que se mueren de hambre...

¿Quién nos dice que la señorita Van Zuylen no piense como nosotros y que no conteste cuando se le vaya á pedir esta fortuna: «¡Ah! caballero, mucho tiempo há que yo quería devolverla, pero no sabia cómo hacerlo? ¡Demasiado me dejais! Un coche para pasearme, un caballo para ir al Bosque la mañana, un palacio en el paseo de los Campos Eliseos, una hermosa quinta, árboles, perros! Voy á ser feliz como una reina, y ya no tendré en el pecho esos millones que me aprietan como las garras de una grande ave de rapina, esos millones que tanto tiempo me han hecho dudar del amor y que aún me impiden creer en la amistad.»

Otro tanto habria dicho quizás la baronesa James de Rothschild. Ha dejado *seiscientos millones*, solamente en valores franceses, y no comia sino papillas... Me conformo con que se le hubiese permitido comerlas en una taza adornada con piedras preciosas, que le hubiesen dado diez criados para servirla; pero, al fin y al cabo no necesitaba 600 millones para comer papillas, y este dinero hubiera sido más útil á los franceses, á quienes el baron James se los habia evidentemente robado, pues que los Rothschild poseían 10 millones solamente cuando llegaron á Francia...

Estas grandes incautaciones monetarias, á las que el judío estaba antiguamente acostumbrado, no le espantan tanto como muchos se figuran; porque es más codicioso que avaro y sabe en demasía cómo ha utilizado ese dinero, para que no encuentre muy sencillo que se le vuelva á tomar el día en que los arios juzguen que el engaño ha durado ya demasiado.

Por desgracia, de Mun y los católicos influyentes cuentan con apariencias, con *exterioridades*, y no comprenden que el poder judío se desvanecería el día en que un sér real y de sana razon embistiera contra esas fantasmagorías.

Ven á los príncipes de Israel, insolentes y ásperos, en los salones de una aristocracia envilecida, y no recelan que su actitud será ya muy cambiada cuando, para ir á Mazas, hayan de cruzar la plaza de la Bastilla entre la multitud atraída por el galope de los caballos de la escolta... No sospechan cuán de prisa estarán arregladas todas las cuestiones, cuando se muestre á los presos, por la puerta de la celda entreabierta, un oficial seguro esperando órdenes y paseándose en el patio delante de un piquete de soldados, con los fusiles cargados, el arma levantada...

